

¿Qué enseña la perestroika cubana?*

Juan Grompone

Veinticinco años después de la perestroika soviética ocurre la cubana: unas semanas atrás Raúl Castro anunció las reformas en Cuba. Este acontecimiento es fundamental para el pensamiento de la izquierda contemporánea. Intentaré situarlo en el contexto de la izquierda internacional.

En 1848 el *Manifiesto Comunista* teorizaba sobre el final del capitalismo. Lo situaba como un “modo de producción” histórico y, por lo tanto, solamente una etapa en la historia humana. Como todo modo de producción, tiene un comienzo y un final: cuando se convierte en un obstáculo para el desarrollo de la humanidad, entonces llega a su fin y se “encuentra con su sepulturero”. Esta idea estaba ilustrada mediante el ejemplo de la destrucción de la sociedad feudal:

[...] las relaciones feudales de propiedad, cesaron de corresponder a las fuerzas productivas ya desarrolladas. Frenaban la producción en lugar de impulsarla. Se transformaron en otras tantas trabas. Era preciso romper estas trabas y las rompieron.

Esta poderosa idea tuvo diferentes interpretaciones a lo largo del tiempo. La más conocida la formuló Lenin hacia 1914. El comienzo de la Primera Guerra Mundial era, en su interpretación, la evidencia de que el capitalismo había encontrado a su sepulturero. Las potencias capitalistas europeas luchaban entre sí, habían llegado a su fin. Claro que Lenin olvidaba (o desconocía) que dos países no europeos (Estados Unidos y Japón) avanzaban vigorosamente hacia el capitalismo y que, por lo tanto, estaba muy lejos de haberse agotado y de convertirse en un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas humanas.

La URSS fue el resultado de estas ideas y Lenin primero y luego Stalin construyeron una “sociedad nueva” basada en la eliminación de la propiedad privada de los medios de producción y en la planificación central de la economía. Todo esto estaba en el *Manifiesto*, entre los 10 puntos del final de la segunda parte. La gran omisión del *Manifiesto* en esta lista de puntos era *la eliminación del trabajo asalariado, el elemento central y definitorio del capitalismo*. Así por ejemplo, al final de

* Artículo publicado en *Voces*, Montevideo, 17 de febrero de 2011.

la primera parte se afirma que “la condición de existencia del capital es el trabajo asalariado”.

El “socialismo real” –nombre que se aplicó a estas sociedades nuevas– se expandió al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Los países de Europa del Este primero, luego China, Corea, Vietnam y finalmente Cuba se incorporaron al modelo soviético. Este gran bloque tenía, sin embargo, algunas fisuras. Yugoslavia admitía una economía más libre y China no tardó en separarse de la tutela de la URSS y emprender un camino propio.

Hacia 1985 comenzó la reforma en la URSS. La economía soviética –que había llegado a su máximo esplendor en 1957 con el primer satélite artificial antes que Estos Unidos– comenzaba a crujir. El proceso de reformas se conoció con la palabra rusa *perestroika*. Sin embargo las reformas no ocurrieron a la velocidad suficiente y la URSS se desintegró hacia 1990.

Mientras tanto la “rebelde” China comenzó sus reformas en 1978, siete años antes que la URSS, y el proceso fue exitoso. China no se desintegró sino que se convirtió paulatinamente en una economía capitalista fuerte que crecía a un ritmo de vértigo, especialmente luego de la recuperación de Hong Kong en 1997.

¿Cómo interpretar estos acontecimientos desde un punto de vista materialista? Lo primero a descartar son las interpretaciones idealistas del tipo “no había democracia y por eso explotó la URSS” porque China es el mejor contrajemplo, es tan poco democrática como la vieja URSS y sin embargo fue capaz de transformarse a tiempo. La razón se debe buscar en las bases de la sociedad: en la economía. La necesidad de las reformas en el “socialismo real” demuestra, según mi punto de vista, que los *monopolios* no son eficientes. La propiedad estatal de los medios de producción es simplemente un monopolio y no es mala por ser estatal sino por ser monopolio. La planificación central de la economía es mala por ser un monopolio que impide toda la innovación. La tecnología –y el futuro– no se puede predecir y, por lo tanto, no se puede planificar. Al monopolizar la planificación se elimina de disidencia que es la generadora de la innovación. Lo nuevo nace por negación de lo viejo dice un enunciado simplificado de la dialéctica y esto solamente puede ocurrir porque se intentan múltiples caminos, muchos de los cuales fracasan, pero algunos innovan. La URSS no introdujo ninguna *innovación* de importancia en sus 70 años de vida. A modo de ilustración se pueden contar los premios Nobel en ciencias: la URSS obtuvo 3 premios Nobel en física¹ (5 científicos en total), 2 en química² (sólo uno trabajaba en URSS) y ninguno en medicina; ninguno de ellos de una importancia relevante y apenas más de los 3 que obtuvo Argentina en el mismo período. En resumen, la *perestroika* lo que busca es romper los monopo-

¹ En 1958 por el efecto Cherenkov, en 1962 a Landau por la teoría del Helio líquido y en 1964 a Basov por los osciladores moleculares.

² En 1956 a Semyonov por la teoría de la combustión, en 1977 a Prigogine por las fluctuaciones en termodinámica.

lios porque han fracasado.

El “socialismo real” no construyó una sociedad nueva, pos–capitalista, si bien no es aceptado así. Hay dos razones para afirmar esto. La primera es que, de toda evidencia, el capitalismo siguió pujante y no se ha convertido en una traba para el desarrollo de las fuerzas productivas humanas. “La burguesía ha desempeñado en la historia un papel altamente revolucionario” nos recuerda el *Manifiesto* y esta afirmación tiene más de un siglo y medio. A los efectos de repasar algunos grandes progresos del capitalismo puedo mencionar: las computadoras, la estructura de la información genética y las comunicaciones globales. Vale la pena recordar que para Stalin las computadoras eran *un instrumento de la contabilidad burguesa* y la genética *una idea reaccionaria que reflejaba a la herencia de la propiedad privada*. La segunda razón es que el “socialismo real” nunca intentó eliminar al trabajo asalariado, el fundamento esencial de la sociedad capitalista.

El tema del trabajo asalariado es central. En *El Capital* se emplea continuamente la idea de “modo de producción” y queda claro que esta expresión se aplica principalmente a la manera como se considera al trabajo humano. En la historia humana existen *trabajadores libres*, dueños de los medios de producción y del resultado de su trabajo; hay *trabajadores serviles*, que debe ceder parte del resultado de su trabajo, no son dueños de los medios de producción pero que no se pueden separar de estos medios; hay *trabajadores esclavos* que no son dueños del resultado de su trabajo y que pueden ser vendidos y, finalmente, hay *trabajadores asalariados* que no son dueños de los medios de producción y que deben vender su capacidad de trabajar. Hasta el momento no han existido otras formas de trabajo (excepto mezclas de las “formas puras” enunciadas) y, por lo tanto otros modo de producción diferentes del feudalismo, la esclavitud o el capitalismo. Desde esta perspectiva, el “socialismo real” no era sino una variante del modo de producción capitalista: el trabajador no era propietario de los medios de producción (la propiedad del Estado no se diferencia de la propiedad de un grupo de accionistas capitalistas sobre los cuales no se tiene ni arte ni parte) y vendía su capacidad de trabajar por un salario.

Todo esto nos lleva que las “revoluciones socialista” no han sido sino otra forma de revolución capitalista en la cual la clase revolucionaria no fue la burguesía (como ocurrió en Holanda, Inglaterra o Francia) sino el proletariado industrial (en la URSS) o agrícola (en China o Cuba). Este punto parece tan “escandaloso” que merece una consideración adicional. El *Manifiesto* afirma:

[...] opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases en pugna.

No debe sorprendernos que la dialéctica de la lucha de clases establezca una si-

tuación simétrica, lo que sí debe sorprendernos es que, en contra de lo afirmado en este pasaje, el *Manifiesto* sostenga luego que será el proletariado –la clase dominada de la sociedad capitalista– será la responsable de construir una sociedad nueva. En todos los casos históricos conocidos, la revolución social la realizó un *estamento* y no las clases en pugna. La revolución capitalista clásica la realizó un estamento de la sociedad vieja y no las clases que existían en lo previo, clases que se destruyen con la revolución capitalista. La burguesía era un *estamento comercial o fabril* de la sociedad feudal, pero también lo era el aprendiz del taller artesanal o el agricultor medianero. Yo no veo ningún impedimento para que la revolución social sea guiada por uno u otro estamento. En los hechos, en la Alemania feudal, hacia 1500, ocurrió un gigantesco levantamiento campesino que fue derrotado por los ejércitos feudales. De haber sido triunfante, habría creado una suerte de “revolución socialista” que habría cambiado el pensamiento social de la izquierda del siglo XIX. Este tema fue estudiado por Engels, pero no tenía mayor evidencia para llegar a una conclusión como la que yo propongo. También ocurrieron levantamientos campesinos similares en China. México es un claro ejemplo de revolución campesina triunfante, la de Emiliano Zapata, que conduce a una sociedad capitalista.

Esto no agota todas las posibilidades de la revolución capitalista: el fascismo es otra forma de revolución capitalista en una sociedad en la cual la burguesía es demasiado débil para hacerlo (Alemania, Italia, España o Portugal) y se debe apoyar en diversas corporaciones; también puede ocurrir por acción de un “déspota ilustrado” (Japón, Turquía) que lo hace por la fuerza con auxilio del ejército. Hoy sabemos que los caminos de la revolución capitalista son muchos y muy variados, pero en el siglo XIX los clásicos conocían solamente a la variante burguesa que era la única forma que había ocurrido en ese entonces. Otro punto de diferenciar es que la revolución capitalista no ocurre solamente en una sociedad feudal, como ocurre en los casos clásicos (Holanda, Inglaterra, Francia, Rusia o China), puede (y debe) ocurrir en todos los modos de producción que existen en los tiempos contemporáneos. Así por ejemplo puede ocurrir en una sociedad esclavista (Turquía) o parcialmente esclavista (Estados Unidos, en donde el Sur era esclavista). También pueden existir otras formas de esta revolución, como tal vez esté ocurriendo en Irán y en el resto del mundo musulmán. Pero más todavía, hasta el presente no ha ocurrido una revolución capitalista en una sociedad tribal y este es uno de los problemas sociales mayores que enfrentan muchas regiones de África. Tal vez la Sudáfrica de Mandela presenta el primer modelo de esta revolución. Según la tesis que defiendo, la revolución capitalista ocurre bajo muchas formas, una de las cuales es la “revolución socialista”.

La perestroika es entonces una manera de encauzar una “revolución socialista” en el sendero capitalista, tal como lo ha hecho Rusia, China, posiblemente Vietnam y ahora lo intenta hacer Cuba. Creo que, igual que en Rusia, Cuba también aquí sigue el camino de las reformas pero será demasiado tarde. Las reformas no

pueden ocurrir a la velocidad que es necesaria y la economía colapsará. En Rusia los burócratas astutos se convirtieron rápidamente en propietarios capitalistas, es posible que en Cuba suceda lo mismo, ésta es la opinión de los diplomáticos norteamericanos según ha revelado recientemente WikiLeaks. Pero hay un elemento adicional en el caso cubano: los ricos cubanos de Miami que le disputarán –creo que con éxito– la propiedad capitalista a la burocracia oficial. Basta con esperar un corto tiempo para ver el final de esta historia.